

**ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
Y NUEVA DEPENDENCIA CULTURAL**
(Apuntes para una discusión)

Nelson Osorio Tejeda
Universidad de Santiago de Chile

... y saco por conclusión mui cierta: que siempre la lengua fue compañera del imperio.

Antonio de Nebrija: "Prólogo" a la *Gramática de la lengua castellana*. Salamanca (1492)

¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
¿Callaremos ahora para llorar después?

Rubén Darío: "Los cisnes" (1905)

Advertencia Preliminar.

Ángel Rama solía decir, algo socarronamente, que el trabajo de un intelectual latinoamericano, mientras no fuera publicado en cuatro o cinco revistas de otros tantos países podía seguir considerándose inédito¹. Por otra parte, Antonio Cornejo Polar, en uno de sus últimos textos, observaba con preocupación que "el masivo empleo de una lengua extranjera [el inglés] para el estudio de la literatura hispanoamericana está suscitando (...) una extraña jerarquía en la que los textos de esta condición resultan gobernando el campo general de los estudios hispanoamericanos", con el agravante de que "los textos críticos en inglés suelen utilizar bibliografía en el mismo idioma y prescindir, o no citar, lo que trabajosamente se hizo en América Latina durante largos años"².

Para los investigadores latinoamericanos, es empobrecedor no conocer lo que están haciendo y produciendo sus colegas en Venezuela, en Argentina, en Ecuador, en Cuba o en Bolivia. Para conse-

guir un estudio publicado en Costa Rica, Honduras o Colombia hay que recurrir a Vervuert en Alemania o Amazon en Estados Unidos. En verdad, no hemos logrado reconstruir el espacio cultural en que tendría que habitar el intelectual, el estudioso latinoamericano. Una globalización unilateralmente impuesta nos convierte en una periferia balcanizada, lo que nos lleva a depender no sólo material y económicamente de la metrópolis imperial, sino a imbricarnos inconscientemente en los proyectos y la política cultural de esa misma metrópolis.

Y es así como a través de títulos de libros y artículos y a través de los programas de cursos en nuestras universidades (que suelen editarse en Internet), podemos darnos cuenta que la agenda programática de nuestros estudios, de nuestros intereses académicos, de nuestras preferencias temáticas, parecen estar más articuladas al mundo académico de los Estados Unidos que a las demandas y necesidades de la realidad latinoamericana³. Es más: creo que ni siquiera nos hemos planteado explícitamente, como investigadores sociales latinoamericanos, una reflexión sistemática sobre cuáles serían los temas y problemas de nuestra cultura que en la actualidad requieren de atención prioritaria y ameritan mayor dedicación⁴.

En los últimos años he venido reiterando mi preocupación por la necesidad de *latinoamericanizar* los estudios literarios latinoamericanos, esto es, por la necesidad de establecer un *locus*, un lugar de enunciación, un “punto de hablada” como diría Ortega y Gasset, para construir nuestra perspectiva semántica sobre la literatura (y no sólo la nuestra, habría que decirlo). En conferencias, charlas, ponencias, seminarios dados en diversos países he insistido algo machaconamente, debo decirlo, tanto en la urgente necesidad de estudiar, conocer y dar a conocer aquellos aspectos de nuestra cultura que son más propios, identificadores y auténticos (aunque marginados a veces del menú oficial de la academia), como en la necesidad de fortalecer y desarrollar una perspectiva latinoamericana para el estudio de nuestra propia cultura. Lo que en esta oportunidad quiero exponer se inscribe en esa misma línea, y en cierto modo retoma y reitera muchas de las ideas y planteamientos que he estado desarrollando al respecto.

Como estoy consciente del carácter limitado y el parvo alcance efectivo que suelen tener estas propuestas en nuestro medio, es posible que alguien califique de repetición algunas de las ideas y argumentos que expongo. No, no son sino reiteración necesaria, y su pecado es el de ser en varios puntos un confeso autoplagio.

Por último, advierto también que este texto está hecho de apuntes entresacados de un texto mayor que está en proceso, por lo que

se podrán advertir formulaciones que requieren una mayor fundamentación documental (que por extensión se omiten) y también algunas inconexiones en el proceso argumentativo. Me remito a la solidaria comprensión de mis colegas, de quienes espero las observaciones, sugerencias y aportes tan necesarios en esta empresa colectiva en que estamos empeñados.

Proyecto latinoamericano y estudio de nuestra cultura

Una mirada de conjunto al panorama de los últimos 40 o 50 años de la literatura latinoamericana nos permite apreciar entre sus logros el que muchas de sus obras han pasado a ser verdaderamente “patrimonio de la humanidad”. Es decir, son obras en las que un lector búlgaro, español, alemán, japonés o turco, puede encontrar un espacio de diálogo enriquecedor de su vida y su cultura, obras que dejaron ser curiosidad exótica y hasta pintoresca para integrarse al interés más permanente de cualquier persona medianamente inteligente y sensible.

Si pensamos que en el campo de la literatura, junto a la práctica de la producción literaria (tarea de poetas, narradores, dramaturgos) se da también la práctica de la producción de conocimientos sobre ella (estudiosos, críticos, investigadores, etc.), es necesario reconocer que el grado de trascendencia, calidad, autonomía y reconocimiento internacional alcanzado por nuestra producción literaria en su conjunto no tiene un equivalente en la producción teórico-crítica de nuestra América, en el desarrollo paralelo de un pensamiento reflexivo latinoamericano que pueda dar cuenta de ella.

En un texto de 1972 que he citado muchas veces, Mario Benedetti decía que “la literatura latinoamericana pasa hoy por una de las etapas más vitales y creadoras de su historia”⁵; y agregaba a continuación: “hoy en día, el escritor latinoamericano está en un pie de igualdad con los creadores de otras tierras y otras lenguas, con la ventaja no despreciable, además, de que generalmente está en condiciones de leer textos en por lo menos una o dos lenguas europeas”. Y en esa misma oportunidad Benedetti se preguntaba si acaso no sería también necesario, “junto a nuestros poetas y narradores (...) crear también nuestro propio enfoque crítico, nuestros propios modos de investigación, nuestra valoración con signo particular, salidos de nuestras condiciones, de nuestras necesidades, de nuestro interés?” (Benedetti, 367-368).

En estas palabras escritas hace ya más de treinta años, encontramos de manera sencilla y sin mayores pretensiones ni aspavientos, los elementos básicos de un verdadero programa de responsabilidades para quienes trabajamos en el campo de los estudios lite-

rarios latinoamericanos. En otros términos, se trata de articular la práctica crítico-literaria a un proyecto cultural latinoamericano, un proyecto que responda a nuestras necesidades de autoconocimiento e identificación, un proyecto de reflexión teórica que permita superar la mera práctica para convertirse en praxis creadora de una perspectiva propia sobre la realidad literaria de nuestra América y el mundo.

Porque, es necesario reconocerlo y explicitarlo, existen trabajos críticos valiosos e interesantes en nuestro medio. Muestra de ello es la muy importante recopilación en cuatro volúmenes que, bajo el título de *Lectura Crítica de la Literatura Americana*, publicó hace algunos años Saúl Sosnowski en la Biblioteca Ayacucho de Caracas⁶. Por otra parte, cualquiera de nosotros sabe que basta pensar en el nombre y la obra de Ángel Rama, Antonio Cornejo Polar o Antonio Cándido, nada más como ejemplo, para confirmar este aserto. Pero si bien aportes como los citados han sido y siguen siendo fundamentales –en el sentido de establecer fundamentos–, no parecen todavía haberse consolidado en un proyecto común y autenticador del pensamiento crítico latinoamericano, no han logrado todavía cristalizar en una verdadera conciencia movilizadora que articule el sentido y oriente una práctica que todavía presenta una fisonomía más bien dispersa y abigarrada.

Por eso es que, parafraseando un poco lo que escribía hace ya tiempo el filósofo español José Gaos, a propósito del “pensamiento hispanoamericano”⁷, podríamos decir, *mutatis mutandi*, que hoy no hay duda que existe un crítica literaria *en* América Latina, pero es menos evidente que haya un crítica literaria *de* América Latina, es decir, una crítica latinoamericana que en su aproximación teórica y valorativa patentice una mirada intelectual que corresponda a una cultura diferenciada.

Al parecer, no se ha desarrollado una conciencia de la necesidad de integrar nuestro quehacer al proceso constitutivo de una América Latina, que es hoy todavía una idea más que una realidad. En último término, tal vez nos falta asumirnos plenamente como latinoamericanos, asumir, como dice Bolívar, que “no somos indios ni europeos” sino que “somos un pequeño género humano”⁸. Para los latinoamericanos, asumir esta conciencia es, en cierto modo, optar por ser nosotros mismos; y esto me parece fundamental, ya que de no hacerlo, seguiremos siendo todavía, como diagnosticaba Martí hace ya más de un siglo, “una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norte-América y la montera de España”⁹.

Esto que, a falta de una expresión mejor, llamamos un proyecto crítico latinoamericano implica una posición y una conciencia respecto de América Latina, implica asumir conscientemente una “situación de discurso”, una “situación enunciativa” como dirían los lingüistas (un “punto de hablada” lo llamaría Ortega y Gasset), es decir, una perspectiva desde la cual ver, estudiar y conocer no sólo nuestra América sino todo el mundo. A eso es lo que consideramos “una perspectiva latinoamericana” desde y sobre nuestra realidad. Pero una perspectiva, en este sentido, no es algo dado, algo que preexista a su ejercicio y que se pueda elegir o buscar. Se trata más bien de algo que hay que construir, como una *perspectiva semántica* (tomo esta expresión del estudioso checo Mojmír Grygar) en la cual la realidad sea vista, comprendida y apropiada desde y para nosotros.

Así entendido, asumir una perspectiva latinoamericana significaría construir un espacio teórico ideal, una suerte de invariante motivadora y axiológica, en función de la cual serían posibles –y en realidad necesarias– muchas variables, puntos de vista, opciones metodológicas, etc., pero en la que cada opción individual podría evaluarse por su grado de aporte y contribución al proyecto de constituir y fortalecer un proyecto autenticador con respecto al mundo en que nos corresponde vivir y actuar.

Por ello, como anota Saúl Sosnowski en la “Introducción” a los volúmenes arriba citados, “es útil recordar periódicamente a quienes están involucrados en esta tarea [la de estudiar literatura], desde qué espacio se pronuncian, cuál es su posicionalidad, y a quiénes afectan; en última instancia, en nombre de qué (...), para qué, y para quiénes se practica la ‘crítica literaria’” (I, lxiv). Ese espacio desde el que se emiten los discursos no se refiere, evidentemente, a un espacio geográfico sino a un espacio teórico, intelectual, ideológico, si no asusta la palabra. Es la perspectiva desde la cual se proyecta nuestro quehacer.

Constituir y fortalecer una perspectiva latinoamericana significaría establecer conscientemente una propuesta de identificación, de diferencia, cosa que, ya lo sabemos, suele ser muy mal vista por quienes desde las metrópolis nos obnubilan con una supuesta globalidad manejada por otros. Y una globalidad así planteada hasta ahora ha significado solamente que los proyectos, teorías y métodos para estudiar la realidad –incluida nuestra realidad, por supuesto– se elaboran en los grandes centros metropolitanos, Europa o los Estados Unidos (sobre todo este último), y a nosotros, los de la periferia, se nos asigne más bien el papel de usuarios pasivos de ideas, métodos y propuestas que tenemos el encargo de “aplicar” a nuestro mundo. Y si nos atenemos pasivamente a estas condiciones, parece que no

se nos permite plantearnos, cuestiones como políticas culturales de integración, construcción de identidades nacionales y regionales, prioridades temáticas de estudio, alternativas teóricas y metodológicas, etc. Nos han convertido en *objeto* de estudio; de lo que se trata hoy es de ser *sujetos* del conocimiento.

En el territorio específico de los estudios literarios, como he señalado en otras oportunidades, para corresponder en nuestro tiempo a la pasión insatisfecha que informa el proyecto emancipador germinal que dio origen a nuestras repúblicas, tendríamos que convenir en que la crítica latinoamericana, en tanto pretenda legitimarse como actividad intelectual valedera, sólo podrá integrar productiva y dignamente los aportes de otras culturas si autentifica y legitima su quehacer en función del mundo cultural al que pertenece en primera instancia: el de América Latina. En otras palabras, una crítica latinoamericana sólo podrá ser tal en la medida en que se encuentre articulada a la historia y proyecto cultural latinoamericano.

En otras palabras, y para resumir mi idea, si bien es evidente (como tantas veces los trabajadores de la cultura hemos denunciado) que los Estados y gobiernos de América Latina no tienen una verdadera política cultural que responda a las necesidades de preservar, difundir y fortalecer la cultura nacional, regional y continental, creo que tampoco nosotros, los latinoamericanistas que nos orientamos al estudio de la cultura y la literatura, podemos decir que hayamos reflexionado sobre responsabilidad de un proyecto que vincule consciente y responsablemente nuestro trabajo con las necesidades y demandas del conocimiento (o autoconocimiento) de nuestra realidad.

Esta debilidad, esta falencia más bien, explica el que tanto unos como otros sean (seamos) fácilmente seducidos, atraídos e integrados a políticas culturales y proyectos que se elaboran y orientan en centros metropolitanos exógenos y que no siempre se articulan a las reales necesidades de conocimiento de nuestras sociedades.

Proyecto latinoamericano y políticas culturales

El territorio de la política y de las políticas culturales en particular me parece una geografía accidentada y riesgosa, y trato de no transitar por ella sino con muchas precauciones. Tal vez tengo el prejuicio de creer que lo que se conoce como “política cultural” es algo que se elabora (y se aplica) desde el poder y en cuya definición y formulación los intelectuales y los trabajadores de la educación y la cultura tenemos, lamentablemente, muy poca injerencia. Y en esas condiciones, lo más que podemos hacer –aparte de padecerlas– es conocerlas, examinarlas y someterlas a reflexión crítica, esto último

en el sentido de “un libre y público examen”, que dijera Kant. Y como los dueños del poder, el Estado y los gobiernos no ven con mucha complacencia una crítica a sus políticas culturales, por lo general optan por no hacernos ningún caso...

Dicho en otras palabras, creo que las llamadas “políticas culturales” en nuestro continente son elaboradas, desarrolladas y aplicadas desde el poder, o si se quiere, desde el poder que representa el Estado. Y tal como sucede con las políticas económicas y sociales, los estados latinoamericanos deben supeditar los intereses y necesidades nacionales a las condiciones internacionales en que se desenvuelven históricamente.

Para ahorrar digresiones, diré sólo que considero que las llamadas “políticas culturales” se integran al conjunto de lo que se conoce como “políticas públicas”, diseñadas por las agencias gubernamentales, y en ellas, de alguna manera se proyectan los intereses de los sectores dominantes nacionales y extranjeros. Dado que los intelectuales y trabajadores de la educación y la cultura somos más bien un sector periférico con respecto al poder –con excepciones individuales, por cierto, como bien sabemos–, nuestras ideas, reflexiones y propuestas tienen un destino que en el mejor de los casos es el de la inanidad. Nosotros no diseñamos ni dirigimos las políticas culturales ni las condiciones económicas, políticas y sociales en las que debemos desempeñarnos; solamente las padecemos. Pero de lo que sí somos responsables es de nuestra actitud ante ellas y dentro de ellas: podemos someternos pasivamente a sus exigencias y lineamientos o podemos optar por su cuestionamiento y desarrollar alternativas que permitan hacer de la creación artística, la educación y el conocimiento un instrumento de liberación y humanización de nuestras sociedades y de nosotros mismos.

Porque podemos convertir nuestro propio quehacer en proyectos alternativos, hacer que nuestra práctica artística o académica sea el diseño de políticas culturales alternativas, políticas culturales que aunque no sean formalizadas ni explicitadas, se desprendan del ejercicio y práctica concreta de los actores culturales propiamente tales. Aunque no tengan una formulación programática expresa y previa, y aunque la mayoría de sus agentes no tengan plena conciencia del proyecto implícito al que se imbrica su ejercicio, sus opciones, preferencias, propuestas y prácticas pueden considerarse como actos “performativos” de una política cultural que tal vez sólo podamos visualizar a posteriori.

Esta distinción entre políticas culturales más o menos explícitas proyectadas desde el poder y los proyectos culturales implícitos en el ejercicio mismo de la actividad cultural, me permite situar mejor mi

modesta y precaria reflexión, y tal vez a partir de ella –de esta distinción– pueda sentirme más autorizado para desarrollar algunas propuestas y exponer algunas ideas sobre esto de las políticas culturales y los proyectos latinoamericanos en relación con los estudios literarios.

Creo que –dadas las características actuales del Poder y del Estado, expresión institucionalizada de intereses cada vez menos nacionales y más transnacionales– no tiene mucho sentido sentarse a reflexionar sobre propuestas de política cultural para ser implementadas en este plano, el de las instituciones públicas, ya que entraríamos en un diálogo literalmente absurdo, *ab surdus*, de sordos. Pero en el otro sentido en que pudiéramos hablar de políticas culturales, el de las políticas culturales vivas que van surgiendo del ejercicio concreto de intelectuales, creadores artísticos, estudiosos, educadores, etc., el asunto es diferente. En este territorio tenemos mayor injerencia y responsabilidad. Por eso, los que militamos en la vida intelectual, cultural, artística, educacional tenemos que reflexionar sobre nuestro quehacer y ser cada vez más conscientes de que nuestra actividad, querámoslo o no, en la medida en que se resuelve como una práctica cultural, va diseñando un proyecto y va constituyendo una política cultural en permanente proceso, y que ésta puede incidir en la sociedad civil y en la historia.

Porque si bien es cierto que las políticas culturales institucionales –en las que, como hemos dicho, tenemos poca o ninguna injerencia– son en último término expresión de los intereses de los sectores hegemónicos (nacionales y transnacionales), otras, las que surgen de la práctica cultural, del proceso cultural real, ejercido por intelectuales, artistas y trabajadores de la educación y la cultura son de nuestra responsabilidad y debemos preocuparnos por saber en relación con qué intereses generales y globales las estamos construyendo. En otras palabras, se trata de hacer de nuestra *práctica* cultural una *praxis*, entendido esto como una integración consciente del momento teórico-crítico a nuestro quehacer cultural¹⁰.

Ya sé que esto puede sonar muy político para algunos, sobre todo para los que se inscriben en la ideología del posmodernismo (que me parece ser cada vez más la ideología cultural del neoliberalismo¹¹). ¿Pero es que acaso los intelectuales, los investigadores y críticos, no debemos también reflexionar sobre política? Políticas culturales, es verdad, pero política después de todo. Y por experiencia más que por ciencia, he aprendido que aquellos que no quieren que hablemos de política son precisamente los que quieren hacer la política sin nosotros. Lo que casi siempre significa contra nosotros.

Proyectos culturales y política cultural

Consideramos que toda práctica cultural, todo quehacer cultural (artístico o intelectual) es, en cierto modo, un acto performativo respecto al proyecto cultural en que se integra consciente o inconscientemente. Aunque en general escapa a la conciencia de sus propios actores, toda actividad intelectual o artística, por el sólo hecho de materializarse y proyectarse socialmente forma parte del diseño de un proyecto cultural que se va constituyendo en su propio hacer: un proyecto cultural que puede ser explícito y más o menos consciente, pero que, las más de las veces, es un proyecto implícito del que sus propios ejecutores, como ya dijimos, no tienen siempre plena y cabal conciencia.

Las disciplinas del conocimiento, en su mayor parte, están todavía en proceso de construir su estatuto científico. La lingüística en gran medida, así como la antropología, han logrado avanzar bastante en esta tarea. Las otras no. Pero no hay que preocuparse demasiado por esto, ya que son disciplinas que se construyen durante muchos siglos. Y en esta tarea, contra la opinión interesada de quienes preconizan el relativismo y la subjetividad de todo saber en relación a los fenómenos sociales, los intelectuales latinoamericanos tienen una responsabilidad histórica: fortalecer el conocimiento de nuestra realidad (lo que en este caso, el de los latinoamericanos que estudiamos América Latina, es también un *autoconocimiento*) como parte del proceso de cambiarla y hacerla más habitable. En el reducido territorio de los estudios literarios, se hace necesario de abandonar definitivamente el criterio decimonónico y wildeano de considerar la "crítica literaria" como parte de la literatura, de las Bellas Letras, como antes se decía. Hay que reivindicar su función de conocimiento, y situarla como una disciplina –en vías de constitución, si ustedes quieren, pero disciplina de vocación científica– dentro del campo general de las ciencias humanas, de las ciencias sociales. Esto implica rediseñar su estatuto programático y explicitar sus fundamentos teóricos y epistemológicos.

Uno de los puntos importantes que habría que tomar en cuenta para enfrentar nuestra responsabilidad como estudiosos e investigadores de la cultura y las letras de nuestra América es el principio de que ninguna disciplina puede desarrollarse si realmente no conoce y asume su propia historia. Una disciplina no nace de cero; es parte de un proceso en el que hay aciertos y errores, caminos equivocados, senderos que no llevan a ninguna parte; pero hay que conocer esa trayectoria anterior, con todos sus aciertos y todos sus errores, aun-

que sólo sea para no volver a meternos en ellos y para saber qué es lo que tenemos que superar.

Como cualquier otra disciplina de las ciencias sociales, los estudios literarios tienen también su propia historia. Si vamos a un seminario o a un curso sobre historia de la crítica, en cualquiera de nuestras universidades, empezamos con Aristóteles y la *Poética*, repasamos Horacio, la Edad Media, las poéticas del Renacimiento (Robortello, Castelvetro, Minturno...), vemos las propuestas neoclásicas, y así seguimos hasta llegar a los formalistas rusos, el New Criticism anglosajón, el estructuralismo y luego la desconstrucción, los posmodernistas, etc. Pero, esa no es sino la historia de la disciplina en la tradición cultural de la Europa Occidental, y nosotros no somos europeos (Bolívar dixit). Cabe preguntarse, por consiguiente, si aparte de esta tradición europea que, por otra parte, también hemos asimilado y hecho nuestra, ¿existe una tradición de pensamiento, estudio y reflexión crítica en nuestra América? En otras palabras, ¿hay un pensamiento crítico latinoamericano o hemos sido y somos simplemente usuarios de lo que pensaron otros?

Cuando en 1986 sale el VI tomo de la *Historia de la crítica moderna* de René Wellek¹², su título: *La Crítica Americana*, me interesó, pensando que allí pudiera encontrar algún registro de nuestra reflexión y nuestra práctica en este terreno. Pero nada: los “americanos” que menciona son sólo los norteamericanos anglosajones. En ese momento me pude dar cuenta de que no existimos para ellos; para los europeos y los estadounidenses (autodenominados “americanos” a secas) no tenemos existencia en la historia del pensamiento. Menos, por supuesto, en la historia de la crítica literaria. Ahora bien: si es grave y alarmante el que no tengamos existencia para los europeos y para los anglosajones del Norte (que hacen uso propio y excluyente del patronímico “americanos”), es mucho más aberrante el que no tengamos existencia para nosotros mismos. Porque es necesario plantearlo en voz alta: en nuestras universidades, en nuestras instituciones de educación superior, en las cátedras de teoría y crítica literarias prácticamente ninguno de los profesores pone en contacto a los estudiantes con la historia de nuestra crítica. Y si nosotros nos desconocemos, ¿qué de extraño puedo haber en que otros, ellos, nos ignoren?

Ahora bien, cabe preguntarse: ¿de quién es la culpa? No es culpa del señor Wellek, por supuesto, que es un descendiente alemán, criado y educado en Checoslovaquia y transplantado a los Estados Unidos. La culpa es de nosotros. Porque si nosotros conocemos la crítica y la filosofía alemana, es porque los alemanes se han ocupado de mostrárnosla. Si conocemos y sabemos de la literatura y de la

cultura francesa, es porque los franceses se han preocupado de estudiarlas, difundirlas y darlas a conocer. Entonces, ¿vamos a culpar a un checo-alemán-norteamericano porque desconozca la tradición del pensamiento crítico latinoamericano?

Pero, en fin, ¿formamos o no parte de la historia de la crítica? La pregunta es incómoda, para decir lo menos, porque para la mayor parte de los intelectuales criollos que trabajamos en el territorio general de la crítica literaria, la respuesta tendría que empezar por reconocer que no nos hemos preocupado mayormente por estudiar y conocer nuestra propia tradición de pensamiento crítico-literario. No hemos desarrollado ni asumido nuestra propia historia y tradición dentro del marco de conjunto de la historia del pensamiento crítico universal, y en nuestra práctica teórica y crítica damos por sentado que debemos ser tributarios (prolongación o apéndice) de la práctica crítico-literaria o crítico-filosófica europea y norteamericana. Estamos en proceso de convertirnos en críticos mestizos, travestidos de europeos, enfrentando esta realidad con una mirada exógena. Nuestra práctica, por consiguiente y en gran medida, a falta de un proyecto propio corre el riesgo de ser parte de un proyecto ajeno y, en consecuencia, ser una práctica alienada¹³.

Hace ya más de un siglo y medio, cuando nuestra América tenía vocación de autonomía y dignidad, Andrés Bello llamaba a precaverse contra el peligro de reducirse a la recepción pasiva de la ciencia y la cultura, a la asimilación servil y dependiente. En un texto de 1848 escribe: “¿Estaremos condenados todavía a repetir servilmente las lecciones de la ciencia europea, sin atrevernos a discutir las, a ilustrarlas con aplicaciones locales, a darles una estampa de nacionalidad? Si así lo hiciésemos, seríamos infieles al espíritu de esa misma ciencia europea, y le tributaríamos un culto supersticioso que ella misma condena”¹⁴. Para Andrés Bello, el mejor homenaje que podíamos rendir a la ciencia europea, era hacer aquí en América lo que la ciencia europea hizo en Europa. Es decir, pensar por nuestra propia cuenta sobre la realidad que nos corresponde vivir. Y si no lo hacemos así –decía Bello, en forma bastante clara–, traicionaríamos a esa misma ciencia.

En consecuencia –y digo aquí mi opinión–, quienes trabajamos hoy el pensamiento crítico latinoamericano debemos por supuesto estudiar a Aristóteles y todo lo que en este plano se ha hecho de allí en adelante, para conocer sus aportes y saber cómo respondieron a su realidad, a su cultura y a su tiempo; pero debemos aceptar que en América hay también –ya en el mundo prehispánico¹⁵, y luego, en latín y en castellano, yo diría desde el siglo XVI, y con absoluta seguridad desde comienzos del siglo XVII– poetas, pensadores, investigadores,

teóricos, estudiosos que han ido aportando a la reflexión y al conocimiento de nuestra literatura. Lo que ocurre es que nosotros no los hemos tomado suficientemente en cuenta, por lo que tenemos una deuda histórica con nuestra propia cultura, nuestra historia y nuestra tradición.

Saldar esa deuda histórica sería un importante y previo paso para hacer una historia de la crítica y el pensamiento crítico latinoamericanos, como parte integrante e integral de una verdadera –completa, y no mutilada– historia de la crítica en el mundo. Nosotros somos parte de la humanidad y de alguna manera también hemos contribuido a la cultura, a la crítica y al pensamiento universales. Por eso, una historia de la crítica literaria latinoamericana podría ser nuestro aporte a una verdadera historia general de la crítica literaria.

En lo que se refiere a la historia interna de los estudios literarios en América, es necesario situar el espacio que vamos a tomar como campo de estudio y situarnos en el nivel mayor, más actual, más presente de las exigencias epistemológicas que validen el conocimiento. De cualquier manera, habría que considerar tanto el conocimiento de nuestra propia historia, como también el de toda la historia general de la crítica, dentro de la cual se encuentra la que se ha hecho en América Latina. Pero nos faltan los elementos para construir la parte latinoamericana de una historia de la crítica. Rafael Gutiérrez Girardot, hace unos años, en un trabajo sobre Pedro Henríquez Ureña, señalaba que “se carece del material previo sobre historia de la ciencia literaria en América Latina”¹⁶, y eso es cierto; por lo tanto no podemos apreciar nuestra historia crítica, porque no la conocemos.

La preocupación por reflexionar sobre la literatura en nuestra América no es reciente, ni mucho menos algo que se inicie con los actuales investigadores y críticos, sino que tiene antigua data. En principio podemos documentarla en la sociedad colonial, vinculada, por una parte, a la presencia de una producción literaria que va adquiriendo rasgos diferentes –aunque inicialmente sólo fuesen temáticos– con respecto a la literatura española o portuguesa peninsular. Rápidamente las distinciones se extendieron a la parte léxica e incluso sintáctica. Pero también este comienzo del pensamiento crítico literario se articula, por otra parte, al surgimiento de lo que pudiéramos llamar una “conciencia criolla” que va diferenciándose de la metropolitana y dominante. Tenemos desde entonces el surgimiento y progresivo desarrollo de una literatura diferenciada, y paralelamente el surgimiento de una conciencia, también diferenciada. Lo cierto es que, por poco estudiado y conocido que todavía sea, en nuestra América existe una tradición de pensamiento crítico que se va articulando dialécticamen-

te tanto al proceso de historia de las ideas como al proceso literario del Nuevo Mundo¹⁷.

En el proceso evolutivo del pensamiento latinoamericano, es posible establecer su vinculación al Renacimiento (al Humanismo), al Barroco y la Contrarreforma luego, a las Luces y al Enciclopedismo posteriormente, y después en diálogo con el positivismo y las propuestas que siguen; pero siempre estuvo articulado a la realidad y a la búsqueda de una proyección liberadora, crítica e identificadora. La tradición de la crítica literaria es parte de la historia del pensamiento y las ideas y por eso nuestra crítica literaria puede ser articulada al pensamiento crítico europeo en su proyección en América, pero reconociendo que tiene modalidades y fisonomías propias. No sólo porque temáticamente está referida a una realidad distinta, sino porque también ese mismo pensamiento está transculturado, es decir, elaborado en función de responder a la búsqueda de construir una identidad y una fisonomía propias, como proceso constructivo culturalmente autónomo.

Ahora bien, cuando yo planteo en mis trabajos la necesidad de vernos con ojos propios y de reflexionar sobre nuestra cultura y nuestra literatura, desde nuestra América, me estoy refiriendo a la tarea de construir un proyecto propio, un proyecto que implique una perspectiva renovada sobre la realidad cultural de esta América. Porque, a mi juicio (y creo necesario decirlo claramente), la carencia o la debilidad de un proyecto cultural propio, latinoamericano, no significa que no exista en la actualidad un proyecto en el que se pueda inscribir nuestro trabajo. Existe, sólo que no es nuestro proyecto. Y eso significa sólo que inconscientemente llegamos a asumir el proyecto del Otro como si fuera también el nuestro. Nuestra práctica, por consiguiente y en gran medida, a falta de un proyecto propio corre el riesgo de ser parte de un proyecto ajeno y, en consecuencia, ser una práctica alienada.

Con esto de algún modo lo que hago es buscar una manera de justificarme, de identificarme a mí mismo como parte de esta urgente realidad, maltratada por mercaderes zafios, políticos venales e intelectuales panglosianos. No soy europeo ni tengo la soberbia de crearme indígena; soy más bien parte de este mundo distinto que Bolívar definió como “un pequeño género humano”. Y en esa perspectiva, creo importante conocer mi tradición, mi historia, como una manera de identificar mis raíces y articularme a un proyecto que viene elaborándose por lo menos desde los albores de nuestra formación como cultura diferenciada. Mi campo de trabajo es la literatura, y sé que, pese al desconocimiento oficial, hay toda una tradición de historia del pensamiento crítico en América Latina de la que, como investigador litera-

rio, quiero formar parte. Y sé que esta historia que pretendo asumir, si bien está integrada al pensamiento crítico de todo el mundo occidental, tiene ciertos rasgos propios que la identifican y la definen, y estos rasgos propios buscan construir una identidad diferenciada y establecer un diálogo, no tanto polémico, sino un diálogo crítico, en el buen sentido del término, con la cultura del resto del mundo.

Por tales razones, a mi juicio, para quienes nos consideramos intelectuales, investigadores y teóricos de la literatura, surge una nueva y apremiante responsabilidad: la de escribir una historia latinoamericana de la crítica literaria; es decir, conocer la tradición, toda la tradición de la crítica literaria, pero conocerla como latinoamericanos, desde América Latina, incluyendo nuestra historia. Y a partir de ella, en relación con ella, trazar nuestra propia agenda problemática de tareas y responsabilidades.

Me refiero en particular a los investigadores latinoamericanos¹⁸, que son una parte (quisiera creer que importante) de los latinoamericanistas. La condición de latinoamericano, hay que decirlo, no proviene del mero accidente geográfico de nacer en esta parte del mundo, sino del asumirse como parte de un proyecto histórico y cultural. Al parecer, no se ha desarrollado una conciencia de la necesidad de integrar nuestro quehacer al proceso constitutivo de una América Latina, que es hoy todavía una idea más que una realidad, pero que, como dijera César Fernández Moreno, “representa hoy una de las ideas más dinámicas del mundo actual”¹⁹. En último término, tal vez nos falta asumirnos plenamente como latinoamericanos, asumir, como dice Bolívar, que “no somos indios ni europeos” sino que “somos un pequeño género humano”²⁰.

Sin caer en un pragmatismo estrecho, es evidente que para ser nosotros mismos tenemos la responsabilidad intelectual de articularnos productiva y creadoramente a nuestra propia e inmediata realidad. Mi identidad, es decir, mi ‘sujetividad’ (en el sentido que da a este término Arturo Andrés Roig²¹), mi pasar a ser *sujeto* de mi ‘hacer’, se resuelve positivamente en la medida de mi integración a un proyecto del que soy y me siento parte integral y constitutiva. En ese proyecto me construyo a mí mismo como sujeto y construyo también, como consecuencia necesaria, al otro en cuanto Otro.

Si mi ‘hacer’ fuera parte de un proyecto del Otro, es decir, de un proyecto ajeno (*alienus*), mi identidad también se alienaría, al pasar a depender de otro proyecto, prolongación de una historia que no es mía o que es sólo parte de la mía. Y quien tal haga, ya lo sabe, “perderá su tesoro personal y, paje o esclavo, no podrá ocultar sello o librea”, como diría el maestro Darío.

No se trata de caer en un aislacionismo autoctonista, de cerrarse al conocimiento, a la positiva incorporación de los aportes de otras culturas al enriquecimiento de la nuestra y de nuestro proyecto cultural. Esto último es sano y es legítimo. Como señalaba Andrés Bello en 1841, la vida intelectual de nuestra América debe construirse en función de las necesidades propias y de las propias capacidades, fortaleciendo un proceso autónomo, aunque no independiente de las grandes corrientes y aportes de otras culturas, particularmente las de la llamada civilización occidental: “nos hallamos incorporados en una grande asociación de pueblos, de cuya civilización es un destello la nuestra. La independencia que hemos adquirido nos ha puesto en contacto inmediato con las naciones más adelantadas y cultas; naciones ricas de conocimientos, de que podemos participar con sólo quererlo. Todos los pueblos que han figurado antes que nosotros en la escena del mundo han trabajado para nosotros”²².

En una línea similar de preocupaciones, algunos decenios más tarde, en 1891, José Martí escribía algo que podemos ver como una reedición del mismo principio: “La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”²³.

Esta altiva modestia caracteriza el proyecto constitutivo de nuestras naciones, y si lamentablemente fue traicionado por oligarquías ramplonas y académicos sin imaginación, se mantuvo vivo en lo mejor de nuestra intelectualidad americana y sigue siendo un elemento motivador de los impulsos renovadores que hoy vuelven a respirarse en el continente. Pero es necesario tener conciencia de que para incorporar productivamente, para injertar los aportes de otras culturas, es necesario tener algo en que injertar, un tronco propio, que era lo que reclamaba Martí. Si no tenemos un proyecto propio corremos el riesgo de asimilarnos al proyecto del Otro, a un proyecto ajeno, es decir, alienarnos, enajenarnos. Y me atrevo a sostener que eso es lo que está pasando en nuestros medios académicos institucionalizados y con una parte de nuestra intelectualidad.

En mi opinión, lo que está ocurriendo en nuestros días en el ámbito académico, en las universidades latinoamericanas, y en particular en los estudios literarios y culturales, nos es azaroso ni es inocente. Y aunque lo que diga pueda incomodar a los oficiantes y sacerdotes del posmodernismo y de globalización neoliberal, considero que lo que en estos tiempos se está cumpliendo es el proyecto es-

tratégico de expansión ideológica de los Estados Unidos hacia nuestra América, proyecto que tiene antigua data, pero que en su dimensión actual, fue diseñado a comienzos de los años 60 y que hoy se manifiesta en forma creciente en una parte de la intelectualidad académica que se ocupa de las letras y la cultura.

La política cultural de los Estados Unidos y nuestra América

Es un poco complicado el proponer un examen de la Política Cultural de los Estados Unidos, puesto que explícita y oficialmente sus ductores (y los que les siguen) no reconocen tener una política cultural interna o internacional (sobre todo esto último). Dado que, a partir de una estrecha concepción del asunto, muchos entienden por políticas culturales la intervención y planificación por parte del Estado de las actividades culturales y artísticas, para un país que ha hecho de la libre empresa, la libre competencia y la iniciativa privada una especie de teología, una ideología consagrada, reconocer que se tiene una política cultural parecería una contradicción. Sin embargo, como cualquier científico social lo sabe, lo que una sociedad, un Estado o un gobierno piensan y declaran sobre sí mismos no puede validarse como criterio para el conocimiento. Creo que era G. K. Chesterton quien decía que la mayor habilidad del demonio consistía en hacernos creer que no existe; pues algo así es lo que encontramos en este caso.

Las políticas culturales internas y/o internacionales, malgrado su eludida formulación explícita, funcionan implícitamente como parte del conjunto de las políticas públicas del gobierno y el Estado en el país del Norte. Una sociedad organizada por y en función de los intereses empresariales, la actividad privada (empresarial) se confunde y se imbrica con la acción del Estado, tanto en lo económico como en lo social, político y cultural. Y en este caso, el dejar en manos de la “iniciativa privada” el desarrollo y fomento de la vida cultural constituye precisamente la Política Cultural de los Estados Unidos. Como señalan Miller y Yúdice en un reciente libro, después de la Segunda Guerra Mundial, “la promoción de los objetivos de la política exterior mediante las empresas privadas e instituciones sin fines de lucro, tales como las Fundaciones Ford, Rockefeller y Carnegie, se convirtió en el *modus operandi* de la política exterior cultural de Estados Unidos”²⁴.

De las muchas Fundaciones e instituciones similares vinculadas a la proyección de las políticas culturales de los Estados Unidos, para América Latina probablemente las más conocidas sean la Fundación Rockefeller y la Fundación Ford. La primera de ellas, una de las más antiguas, fue creada en 1913, con un activo de más de 500 millones

de dólares, y su principal proveedor de fondos fue John D. Rockefeller III. Durante la Segunda Guerra Mundial, su heredero, Nelson Rockefeller manejaba la Fundación y paralelamente estaba a cargo de las tareas de inteligencia en América Latina (Saunders, 205; Miller-Yúdice, 60 y *passim*). La Fundación Ford se constituye en 1936, y a fines de los años 50 maneja un activo de 3.000 millones de dólares. Ambas instituciones, por declararse organizaciones filantrópicas privadas, sin fines de lucro, no pagan impuestos²⁵.

En el periodo inmediatamente posterior al término de la Primera Guerra Mundial –al desplazarse el eje del sistema económico (y político) mundial desde Europa (principalmente Inglaterra) a los Estados Unidos–, la política exterior norteamericana se reorienta, acentuando la preocupación por los asuntos educacionales, artísticos y culturales. El triunfo de la revolución rusa en 1917, que repercute fuertemente en Europa y el mundo, y posteriormente –sobre todo a partir de 1933– el crecimiento del nazi-fascismo, que despliega su propaganda tanto en Europa como América Latina, llevaron a los gobiernos de las potencias occidentales a elaborar también mecanismos que promovieran su propia política cultural²⁶. Es así como en 1934 se crea en Inglaterra el British Council y en los Estados Unidos se crea la División de Relaciones Culturales del Departamento de Estado; en este último país, poco después, en 1940, se crea la Oficina del Coordinador de Asuntos Interamericanos, OCIAA, a cargo de Nelson Rockefeller y orientada directamente hacia América Latina.

Al entrar los Estados Unidos en la guerra (a partir de Pearl Harbor), la política exterior y en ella la política cultural, se orienta hacia la lucha contra el nazi-fascismo, dejando ligeramente al margen el sesgo anticomunista y antisoviético, procurando incorporar a los artistas, intelectuales y científicos progresistas (incluso de políticamente de izquierda). Esto se mantiene, en términos generales, hasta 1946.

Al término de la guerra, la política cultural de los Estados Unidos cambia y se articula estrecha y activamente al proyecto estratégico general que se conoce como la “Guerra Fría”, y lo que hasta entonces era preocupación antifascista se hace lucha anticomunista. Surgen las consignas de detener el comunismo, la defensa del “Mundo Libre”, la defensa de los “valores occidentales y cristianos” y, en fin, todo lo que en términos generales se conoce como la Doctrina Truman, a partir de la comparecencia ante el Congreso del entonces presidente Harry S. Truman, el 12 de mayo de 1947. Como se señala en el libro antes citado de los investigadores estadounidenses Toby Miller y George Yúdice, “durante la administración de Truman (1945-1953), los intelectuales de la posguerra confeccionaron el programa cultural para legitimar el liderazgo mundial de Estados Unidos y opu-

sieron la libertad artística y académica, encarnadas en el nuevo arte abstracto y en la rápida expansión del sistema educativo superior, al totalitarismo encarnado en las economías planificadas industriales y culturales del bloque soviético” (Miller-Yúdice, 68)²⁷.

En el mismo año en que se formula lo que se conoce como la Doctrina Truman, el 26 de julio de 1947 se dicta la Ley de Seguridad Nacional, que crea la Agencia Central de Inteligencia (CIA: Central of Intelligence Agency), que será uno de los organismos fundamentales de la promoción y financiamiento de la política cultural de la Guerra Fría²⁸. Para estos efectos, la Agencia Central de Inteligencia crea, en 1950, el llamado Congreso por la Libertad de la Cultura, que en forma apenas encubierta, se convierte en una de sus principales fachadas; esto es lo que explica la afirmación de Frances S. Saunders de que en esos años “la CIA, en realidad, actuaba como Ministerio de Cultura de los Estados Unidos” (Saunders, 185). En esa misma dirección apunta la observación de que

...desde 1950 a 1967, su institución frontal [de la CIA] fue el Congreso por la Libertad de la Cultura, que tuvo oficinas en 35 países, editó 20 publicaciones periódicas, empleó a docenas de *apparatchiks* y auspició viajes y premios para que Occidente se plegara a los valores de Estados Unidos, sin admitir que todo ello estaba respaldado por el espionaje estatal. (Miller-Yúdice, 69).

Al término de la Segunda Guerra Mundial, se firma el llamado Pacto de Río de Janeiro (1946), que se conoce oficialmente como Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR). Con este tratado se formaliza, por una parte, el proceso de expansión económica, política y militar de los Estados Unidos hacia América Latina; y por otra, se incorpora a los gobiernos de estos países a la política de Guerra Fría que era la nueva estrategia de los gobernantes norteamericanos. Hasta esos años, la política exterior norteamericana atendía en lo fundamental a tres frentes: el económico, el militar y el político. Pero a poco de imponerse esta política, se empieza a advertir que la estrategia ofrecía algunas debilidades, ya que en esta América morena empieza a fermentar una insurgencia que no sólo implica a los trabajadores, obreros y campesinos, sino que da lugar a una creciente rebelión y protesta de las organizaciones estudiantiles, que se expande por todo el continente.

He creído necesario hacer este breve y sumario recuento de antecedentes históricos y políticos (que algunos insisten en considerar ajenos a los problemas académicos y científicos), porque a mi juicio permiten situar mejor las políticas culturales de los Estados Unidos hasta los años 60, en que el gobierno de John F. Kennedy busca darle una nueva formulación y práctica, más ajustada a las nuevas

condiciones que estaba viviendo el continente y el mundo. No se trata tanto de un cambio estratégico sino más bien de un reajuste táctico del proyecto general de expansión, pero que busca articularse a las nuevas condiciones que empieza a vivir el mundo en el decenio de los sesenta.

Frente a la dependencia cultural e ideológica: una historia cultural latinoamericana

Los años 60 son un periodo de grandes reajustes en el panorama político internacional y en la vida de las naciones de todo el mundo. No sólo son los años de lo que se conoce como la Revolución Científico-Técnica (de proyecciones comparables a la Revolución Industrial del siglo XVIII), que transforma radicalmente las comunicaciones e inicia el empleo en todos los campos de las computadoras; también en esos años (1962-1965) se convoca y realiza el Concilio Vaticano II, que significa una renovación y remozamiento de la Iglesia Católica mundial. Ese es el decenio en que se dan los movimientos guerrilleros en América, la insurgencia estudiantil y juvenil en todo el mundo, la acción reivindicativa de los afroamericanos en los Estados Unidos, el agresivo auge del feminismo y las luchas por la liberación de la mujer, etc. En la vida internacional de las naciones, en esos años que se produce la eclosión liberadora de los países del llamado Tercer Mundo: entre 1960 y 1968 cuarenta y tres nuevos países recientemente independizados (mayoritariamente de África y el Caribe) se incorporan a las Naciones Unidas, y en América Latina se vive un proceso que venía anunciándose con la caída de las dictaduras que eran el gran soporte político de la política exterior de los Estados Unidos hacia el continente. En 1957 cae Gustavo Rojas Pinilla en Colombia, en Venezuela es derrocado Marcos Pérez Jiménez en enero de 1958 y en 1961 dan muerte a Rafael Leonidas Trujillo en República Dominicana. Pero el hecho más significado en ese entonces es el derrocamiento de Fulgencio Batista en Cuba (enero de 1959), país en que se da inicio al proceso de construcción de una sociedad socialista que establece alianza con la Unión Soviética, el gran enemigo durante la Guerra Fría. El inicio de la revolución cubana puede considerarse el hito que marca el fin (y fracaso) de la política de Guerra Fría y el inicio de una nueva etapa de América Latina, sobre todo en su relación con los Estados Unidos.

Los años 60 inauguran un período de toma de conciencia crítica y transformadora en el que las universidades y el movimiento estudiantil se convierten en expresión pública de una conciencia insurgente que adquiere dimensiones internacionales. Los ideólogos de la política exterior norteamericana detectan entonces una carencia, un

flanco débil en ella, que se relaciona precisamente con estos sectores, sectores que no se ubican ni en la esfera económica ni en la política ni en la militar, que eran los frentes que hasta ese momento se había atendido. Y es significativo que a partir de los años 60 se produzca una corrección de rumbo en la política de los Estados Unidos hacia América Latina. En su formulación de conjunto, esta nueva política se dio a conocer como la Alianza para el Progreso, plan estratégico que formuló J. F. Kennedy, el 13 de marzo de 1961, en su “Address at White House for Members of Congress and for Diplomatic Corps of Latin American Republics”. Paralelamente el gobierno inicia una estrategia que empieza a desarrollar programáticamente el interés específico por los asuntos sociales, educacionales y culturales en el mundo y en especial América Latina.

Sin pretender hacer aquí un examen amplio y prolijo de los hechos, se puede señalar, a título de ejemplo, el envío como asesor para las políticas de enseñanza superior de los gobiernos de Honduras, Chile, Brasil y Colombia del especialista norteamericano Rudolph H. Atcon, que llegó incluso a convertirse en Secretario Ejecutivo del Consejo de Rectores de Universidades Brasileñas. Atcon en esos años publicó una serie de trabajos en los que se diseñaba un proyecto específico para las universidades latinoamericanas, las que, en su propuesta, debían “limitar la importancia que ahora se le atribuye a la investigación y poner todo el énfasis en la erudición, tanto en lo que hace al nombre como al contenido”²⁹. En otras palabras, la investigación propiamente tal se haría en los centros metropolitanos y nuestras universidades sólo debían aplicar los conocimientos, ideas y avances que ellos elaboraran; una discreta manera de consolidar la dependencia cultural y científica.

Todo esto es consecuente con la estrategia de completar la política exterior norteamericana agregándole los asuntos educacionales y culturales como una “cuarta dimensión” del proceso de extensión y ampliación del control político internacional. Y esto no es una interpretación sesgada o subjetiva, no es una inferencia ideológica, sino un hecho documentable. En el año 1964 se publica por una agencia oficial, The Council of Foreign Relations (El Consejo de Relaciones Exteriores), un libro de Philip H. Coombs que lleva por título *La cuarta dimensión de la política exterior: asuntos educacionales y culturales*³⁰. A pesar de que se trata de un libro de escasa circulación y al cual muy pocos hacen referencia en los estudios sobre política cultural en nuestros países y en particular en nuestras universidades, constituye un documento de gran importancia para quienes quieran conocer los orígenes políticos de muchas de las actuales propuestas que se exportan para los latinoamericanos. Por tales motivos nos

permitimos entregar una versión al castellano de algunos fragmentos que nos parecen particularmente significativos.

En el acápite titulado precisamente “El Cuarto Componente de la Política Exterior de los Estados Unidos”, se hace un breve examen de la nueva situación que se vive en el mundo y de la posición de los Estados Unidos ante esta realidad:

La respuesta de la política exterior de los Estados Unidos a estos desarrollos revolucionarios a nivel mundial ha sido, a su vez, revolucionaria. Durante y después de la Segunda Guerra Mundial el pueblo de los Estados Unidos decidió revertir su previo curso aislacionista y aceptar, aunque con reparos, el papel de liderazgo que se le entregaba por no otra razón (a pesar de que las había) que mantener un mundo seguro para los Estados Unidos. Esta decisión, reforzada por la llegada de la guerra fría, llevó a una gran expansión de actividades internacionales. Con el fin de ejercer este liderazgo y asegurar sus intereses, los Estados Unidos se vio obligado a expandir, profundizar y reforzar en gran medida los tradicionales componentes económicos, políticos y militares de su política externa y agregar nuevas dimensiones (p. 15-16).

Pasa enseguida a examinar cada uno de estos tres componentes:

En lo político, al contrario de nuestra larga tradición, nos hicimos más internacionalistas, intervencionistas y multilaterales. Donde antes nos ceñíamos a una política de “no involucrarnos”, ahora somos los arquitectos ocupados en “construir alianzas”. Hemos descubierto que aun sin actuar – no financiando una represa, por ejemplo, o reconociendo una junta militar, o apoyando un precio de un producto, o mediando en una disputa distante– podemos influir profundamente en los asuntos de otros. Y habiendo aprendido las desafortunadas lecciones de darle la espalda a la Liga de Naciones, ahora somos los huéspedes y el más grande apoyo de las Naciones Unidas.

El componente económico de nuestra política exterior, concebido de manera estrecha en los días de pre guerra, ha crecido irreconociblemente por medio de políticas y programas de promoción del comercio, entrega de ayuda y apoyo a la estabilidad económica internacional. Estas políticas y programas son hoy un factor importante en la economía mundial y en la vida económica de muchas naciones.

La enorme expansión del lado militar de nuestra política externa ha sido tal vez el más dramático de todos. Cuando descubrimos, más bien tardíamente, que en 1945 el mundo había cambiado no de la guerra a la paz sino de una guerra caliente a una fría, revertimos el rápido desmantelamiento de nuestro aparato militar y desde entonces le hemos dado la mayor prioridad (p. 16).

Como breve conclusión de lo anterior, expresa:

Cualquiera sea la crítica que uno pueda hacer a tal o cual aspecto especí-

fico en la conducción de la política exterior [norte]americana, su historial de posguerra ha sido por cierto notablemente audaz y creativo. Los resultados observables son hasta ahora suficientemente alentadores como para garantizar una tranquila confianza respecto a la general corrección de su dirección básica, como hemos mostrado en otras ocasiones (p. 16).

Sin embargo, afirma Coombs, todo esto

...muestra una importante “área subdesarrollada” en la política exterior, un área donde, si bien ha habido un vigoroso comienzo, los Estados Unidos están aún sustancialmente lejos de utilizar adecuadamente sus capacidades disponibles. Se trata de lo que yo caracterizaría como el lado humano de la política exterior, y su adecuado desarrollo implica la necesaria respuesta adicional que debe dar esta política si está dispuesta a adaptarse y capitalizar las transformaciones que han llevado a la gente, las ideas y el conocimiento al primer plano de los asuntos internacionales. Su contenido, que abarca la amplia gama de actividades culturales, educativas y científicas actualmente en proceso, está entrelazado con los aspectos políticos, económicos y militares de la política exterior. Sin embargo, estas actividades tienen en sí mismas suficiente interrelación y unidad como para mantener su propia identidad diferenciada. Su común denominador está tal vez expresado, aunque imperfectamente, por el término “educacional”, puesto que implica todas aquellas cosas que tienen que ver con el proceso y contenido del aprendizaje, en su amplio sentido. // En breve, el lado humano de la política exterior está relacionado con el desarrollo de la gente, dentro y fuera de nuestras fronteras, con sus capacidades y conocimientos, comportamientos y valores, y todas sus potencialidades creativas. Está relacionado también con el desarrollo del conocimiento y las obras de creación, con la investigación académica y descubrimientos científicos, con el cultivo de las artes y las humanidades. Y se relaciona, de múltiples maneras, con la transmisión y aplicación de ideas y conocimientos (p. 17).

Como puede apreciarse, este análisis y estas proposiciones se orientan a reprogramar la política exterior de los Estados Unidos, y aunque no lo exprese de modo directo, se trata del diseño de una política cultural hacia el exterior, política cultural que se integra como una “cuarta dimensión”, con el declarado objetivo de ejercer el liderazgo y asegurar los intereses de los Estados Unidos (“to exercise leadership and secure its own interests”, p. 16).

En mi opinión, lo que entonces se esbozara es lo que ahora estamos viendo funcionar. Vivimos una etapa histórica en la que bajo el pretexto de una globalización que se nos impone sin cuestionamientos, se nos impone también una dependencia ideológica y cultural que nos va aniquilando espiritualmente en forma lenta pero segura. A partir del término de la Primera Guerra Mundial, América Latina entró en una nueva relación de dependencia que, con la colaboración de nuestras clases dirigentes, por supuesto, ha ido copando nuestra economía, nuestra política y nuestras instituciones militares, esas

tres dimensiones de la vida social latinoamericana a que hacíamos referencia más arriba. En los últimos años (sobre todo a partir de los años 60, en mi opinión³¹) se busca completar el proceso de dependencia cubriendo el campo de la educación y la vida cultural, que constituyen el espacio en que ejercemos nuestra actividad de profesores, investigadores y críticos. Si poco a poco se nos fue incorporando a un modelo económico y a un modelo político y a un modelo militar dependiente, ahora se busca incorporarnos a un modelo de pensar, un modelo de evaluar y saber y enseñar de acuerdo a las propuestas y métodos que se elaboran en los centros de poder en el mundo.

Creo que es necesario plantearnos hasta qué punto, además de la tradicional exportación de materias primas, que se nos devuelven como importación de productos elaborados, ahora parece que también exportamos literatura y materiales culturales, para luego importar y recibir las “teorías” y “métodos” con que debemos estudiarlos y enseñarlos. Esto es parte de la implementación de esa “cuarta dimensión” de la política exterior de los Estados Unidos hacia América Latina, la expansión del dominio metropolitano hacia la esfera cultural y educacional de nuestro continente.

Y plantearnos también hasta qué punto la recepción y aplicación pasiva y acrítica de estas propuestas, su incorporación sin mayor cuestionamiento a nuestra práctica académica, a la investigación y a la enseñanza, nos van integrando a un proyecto cultural exógeno, ajeno y por ende alienante, puesto que es de otros y no nuestro. Todo esto más bien nos aparta de una reflexión propia y nos desconecta de nuestra tradición, historia y realidad. De nuestras reales urgencias y necesidades.

Entrar en el proyecto del Otro es pasar a depender del Otro, del que administra el proyecto, un proyecto que busca afirmar su liderazgo y defender sus propios intereses. Todos vivimos, en nuestro medio –el de la crítica y los estudios literarios–, la invasión de propuestas y teorías generadas sobre todo en la institucionalidad de la academia norteamericana y que van imponiéndose agresivamente en nuestras instituciones culturales, incluso excluyendo y marginando a quienes se atreven a desarrollar un pensar distinto que se considera herético y desfasado.

Y sospecho que algunos considerarán herético y desfasado el que rechace la globalización del Otro y llame a construir un proyecto latinoamericano para el estudio de la realidad y la cultura de nuestra América. Y que me declare un irreverente cultor de la historia cultural, una historia cultural nuestra que nos permita construirnos como identidad diferenciada y no asimilarnos a un cosmopolitismo postizo

que nos vaya reduciendo a pasivos asimiladores de propuestas y proyectos que poco tienen que ver con nosotros y con nuestras tradiciones y raíces.

NOTAS:

1. Salvo que ese artículo y sus ideas sean utilizados por un profesor estadounidense que tenga la deferencia de citarlo, lo que parece ser el modo de legitimar una propuesta en el espacio académico e intelectual hegemónico.
2. Antonio Cornejo Polar: "Apuntes sobre mestizaje e hibridez: los riesgos de la metáfora". Este artículo ha sido reproducido en varios lugares; cito por *Kípus. Revista Andina de Letras* (Quito, Ecuador), 6 (I semestre 1997): p. 72 y 71. Aclaremos que no debe entenderse esto como un rechazo a la lengua, al manejo y empleo del inglés; remito para ello al artículo de Raúl Bueno Chávez "Sobre metáforas y otros recursos del lenguaje crítico latinoamericano", en James Higgins, ed.: *Heterogeneidad y literatura en el Perú*. Lima: Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar, 2003: 49-62.
3. Cabe hacer notar que en la Universidad Andina Simón Bolívar (Quito), patrocinada por el Parlamento Andino, el programa de Doctorado que se inició es sobre "Estudios Culturales", dirigido por una profesora norteamericana (los "estudios culturales" son una de las más exitosas líneas de exportación de ideología académica para los estudios latinoamericanos en el último tiempo). También en Chile, en su primera formulación, el Programa de Doctorado en Estudios Americanos de la Universidad de Santiago de Chile (estatal) quiso marcar explícitamente su orientación hacia los "estudios culturales" y los "estudios interdisciplinarios" (esto ha sido corregido posteriormente). No cabe en la breve extensión de este trabajo detenerse en el carácter ideológico (no científico) y carente de sustento epistemológico de esta propuesta, por lo menos en su versión norteamericana (diferente de la formulación original de R. Williams, W. Hoggart, S. Hall y otros en Inglaterra). Pueden verse sobre el asunto las observaciones críticas de M. Bunge (*Las ciencias sociales en discusión*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999), Eduardo Grüner (*El fin de las pequeñas historias*. Buenos Aires: Paidós, 2002), Carlos Reynoso (*Apogeo y decadencia de los estudios culturales*. Barcelona: Gedisa, 2000), entre otros.
4. En este punto habría que señalar un problema que en principio no es de responsabilidad tanto de los investigadores y académico como de las políticas culturales institucionales, y es el que dice relación con las carencias de biblioteca y archivos y el desinterés en la reedición de textos patrimoniales (en lo posible ediciones críticas) o ediciones facsimilares de revistas y materiales de difícil acceso. Pocos países latinoamericanos han hecho algo al respecto, entre ellos que se cuentan Venezuela y su importante colección de Biblioteca Ayacucho, complementada con los tres volúmenes del *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina* (DELAL); también en Cuba habría que destacar las ediciones latinoamericanas de Casa de las Américas; en México, Brasil y Perú, con la colaboración de empresas como el Fondo de Cultura Económica, Metal Leve y Banco de Crédito del Perú, respectivamente, se han

impreso importantes ediciones facsimilares de revistas y publicaciones culturales de alto valor histórico y patrimonial.

5. Mario Benedetti: "Temas y Problemas", en César Fernández Moreno (Coord.): *América Latina en su literatura*. México: Siglo Veintiuno Editores / UNESCO, 1972; cit. p. 355.
6. En los cuatro volúmenes, de más de 600 páginas cada uno, se reúnen unos 180 trabajos de otros tantos autores de los últimos años, organizados temáticamente. Los subtítulos y fecha de publicación de los volúmenes son los siguientes: *Inventarios, invenciones y revisiones* (1996), *La formación de las culturas nacionales* (1996), *Vanguardias y tomas de posesión* (1997) y *Actualidades fundacionales* (1997).
7. José Gaos: "El pensamiento hispanoamericano", *Jornadas* (México), N° 12 (1944).
8. Simón Bolívar: *Carta de Jamaica* (1815). Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1972; p. 36 y 35.
9. José Martí: *Nuestra América*. Edición crítica (Investigación, presentación y notas Cintio Vitier). La Habana: Centro de Estudios Martianos / Casa de las Américas, 1991; p. 21.
10. El concepto de "praxis", tan vaporosamente manejado por el sociologismo vulgar, ameritaría una reflexión actual que lo vinculara a la necesaria –y urgente– discusión sobre la epistemología de las ciencias sociales en nuestro medio. En esta oportunidad nos remitimos a la propuesta de Clodomiro Almeyda, que la define como "la práctica consciente, vale decir, la actividad humana operando sobre la realidad conforme a fines, incluyendo, por tanto, su momento teórico o cognoscitivo. La praxis es, pues, la unidad dialéctica entre práctica y teoría, en la que ésta es concebida como momento de la primera" (C. Almeyda: *Sociologismo e ideologismo en la teoría revolucionaria*. México: Fondo de Cultura Económica, Archivo del Fondo, [1976], p. 17. Se trata de la segunda edición de un libro publicado originalmente a fines de los años 60 en Chile).
11. Para evitar equívocos y malos entendidos, señalo que distingo entre lo que se suele llamar la Posmodernidad (para referirse a una realidad histórico-social) y el Posmodernismo, ideología que, en palabras de Fredric Jameson, vendría a ser "la lógica cultural del capitalismo tardío".
12. René Wellek: *A History of Modern Criticism: 175-195*. T. VI: *American Criticism, 1900-1950*. New Haven / London: Yale University Press, 1986 [en 1988 salió una traducción española, en Madrid, Editorial Gredos].
13. Traigo a colación aquí lo que hace algunos años dijera un estudioso francés, Paul Verdevoye, refiriéndose al problema de la relaciones entre Europa y América, y el modo como los latinoamericanos hacemos acrítica y mecánicamente nuestras las propuestas europeas para nuestro estudio. Si agregamos a la palabra Europa la expresión "los Estados Unidos" tendremos en esta reflexión un muy actual diagnóstico: "La literatura hispanoamericana es sin duda un lugar privilegiado para apreciar la naturaleza de los intercambios entre Europa y América, ya que en la manera de encarar la historia de dicha literatura se nota la misma influencia que en las relaciones entre ambos continentes. No sólo son las lenguas y culturas europeas las que se impusieron en aquel inmenso territorio, sino que también suele venir de Europa la terminolo-

gía utilizada para trazar su historia literaria. // ¿Qué decir, pues, de una identidad que saca su propia definición de términos en gran parte ajenos a su ser?” (“Validez o/e insuficiencia de los conceptos europeos para el estudio de la literatura hispanoamericana”, en Saúl Yurkievich (coord.): *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura*. Madrid, Alhambra, 1986; cit. p. 256).

14. “Memoria correspondiente al curso de la instrucción pública en el quinquenio 1844-1848” en *Obras Completas* (Caracas: La Casa de Bello, 1982), tomo XXI, p. 50.
15. Poco conocemos de la reflexión sobre el arte, la poesía y la cultura en el mundo prehispánico. Apenas ha sido tomado en cuenta en esta línea de estudio el llamado “Diálogo de Flor y Canto”, que recoge las opiniones vertidas en 1490 en Huexotzinco, por poetas que hacen una profunda reflexión sobre el carácter, función y sentido de la poesía.
16. Rafael Gutiérrez Girardot: “Pedro Henríquez Ureña y la historiografía literaria latinoamericana”, en VV. AA: *Literatura y praxis en América Latina*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1974; p. 41.
17. Un mayor desarrollo de los antecedentes del pensamiento crítico-literario en América puede encontrarse en mi trabajo sobre la “Formación del pensamiento crítico literario en la Colonia” (en José Anadón, ed.: *Ruptura de la conciencia hispanoamericana (Época Colonial)*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993). La versión original, en inglés, fue presentada con el título de “The Rise of Literary Criticism in the Colonial Period” en el Congreso “The Old World Meets the New (1492-1992)”, en University of Notre Dame, Notre Dame (Indiana, USA), 2-4 de abril de 1992.
18. Los latinoamericanistas se encuentran, felizmente, en distintas partes de todo el mundo, y su labor es respetable y respetada. Pero en esta ocasión, por razones que deberían desprenderse del texto, estas reflexiones y propuestas se dirigen a esa parte de los latinoamericanistas que son (o se consideran) latinoamericanos. Y no quiero que se entienda esta circunstancial distinción como un acto discriminatorio ni mucho menos.
19. En César Fernández Moreno (coord.): *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI Editores, 4ª ed., 1977; p. 5.
20. Simón Bolívar: *Carta de Jamaica* (1815). Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1972; p. 36 y 35.
21. Quisiera testimoniar en esta nota mi reconocimiento y mi deuda intelectual con los aportes, ideas y propuestas de Arturo Andrés Roig. Para el caso específico de esta referencia (como también para la caracterización de “performativo” que en otro lugar aplico al trabajo intelectual latinoamericano), remito en especial a los trabajos de Roig recogidos en el volumen *Rostro y filosofía de América Latina* (Mendoza: Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo, 1993), particularmente “La cuestión del modelo de filosofar en la llamada Filosofía latinoamericana”, p. 130-163.
22. Cit. por Miguel Luis Amunátegui: *Vida de Don Andrés Bello*. Santiago: Impreso por Pedro G. Ramírez, 1882; p. 642.
23. José Martí: *Nuestra América*. Edición crítica (Investigación, presentación y notas Cintio Vitier). La Habana: Centro de Estudios Martianos / Casa de las Américas, 1991; p. 18.
24. Toby Miller y George Yúdice: *Política Cultural*. Barcelona: Gedisa, 2004; p. 60.

25. Para motivar, promover y facilitar la integración de las grandes fortunas empresariales privadas en las políticas culturales, en 1917 y 1918 “Estados Unidos introdujo la exención de impuestos a las donaciones para instituciones sin fines de lucro” (Miller-Yúdice, 58).
26. Me parece que sería interesante hacer un estudio comparado de los proyectos y prácticas de política cultural que empiezan a desarrollarse en la inmediata posguerra y a partir de la revolución rusa. Sobre todo sería de interés establecer paralelismos y contrastes entre los responsables de su formulación y ejecución en los distintos países que después se verán involucrados en la Segunda Guerra Mundial: Nelson A. Rockefeller en los Estados Unidos, Joseph Goebbels en la Alemania nazi, Anatoli Lunacharski primero y luego Andrei Zhdanov en la Unión Soviética, y hasta Giovanni Gentile, Ministro de Educación en el primer gobierno de Mussolini en Italia.
27. La primera presentación internacional del llamado Expresionismo Abstracto en la plástica, fue la exposición en Londres, en 1946, bajo el título de “Pintura Americana desde el Siglo XVII a la Actualidad”. Al parecer, el gestor de la idea de hacer del “expresionismo abstracto” un símbolo del arte libre y nuevo fue Nelson A. Rockefeller, presidente del MoMA (Museum of Modern Art) de 1939 a 1942 y de 1946 a 1953 (vale recordar que su madre, Abby Alrich Rockefeller, fue una de las fundadoras del MoMA, en 1929). Habría que señalar de paso que la promoción oficial e internacional del “expresionismo abstracto” como el arte representativo de los Estados Unidos y el Mundo Libre, provocó también reacciones de rechazo por parte de los sectores más conservadores de la sociedad norteamericana.
28. Un detallado y prolijo estudio del papel de esta Agencia y de sus conexiones con las políticas culturales del Estado, las Fundaciones y corporaciones sin fines de lucro (Non-profit Organizations) se encuentra en el libro de la investigadora británica Frances Stonor Saunders *La CIA y la Guerra Fría Cultural* (Madrid: Editorial Debate, 2001. La edición original, *Who Paid the Piper? The CIA and the Cultural Cold War*, fue publicada en Londres por Granta Books, en 1999. Hay también una traducción cubana). Allí se analiza y desmonta con detalles y documentos de archivo, la función cumplida por uno de los más admirables aparatos encubiertos de manipulación, control y corrupción del medio artístico, cultural e intelectual de posguerra, el llamado Congreso por la Libertad de la Cultura (Congress for Cultural Freedom), creado en 1950 (Berlín, 26-29 de junio de 1950) y que funcionó internacionalmente (oficinas en 35 países) hasta 1967, año en que las denuncias del *New York Times* y una investigación del Congreso de los Estados Unidos puso en evidencia su entramado político-gubernamental.
29. Rudolph P. Atcon: “La Universidad Latinoamericana”, en *Eco* (Bogotá), VII, 37-39 (mayo-julio 1963): p. 4- 169; cit. p. 115. Impreso también como libro, con las mismas características. Quisiera señalar de paso que el trabajo de Atcon contiene muchas certeras observaciones críticas y en gran parte su análisis de las fallas de las universidades latinoamericanas es perfectamente validable.
30. Este libro, poco difundido y menos estudiado para comprender el proceso de proyección de la política cultural norteamericana en América Latina, es de gran interés para el investigador de los procesos culturales y educativos

en nuestro continente; lamentablemente no ha sido traducido. Su referencia completa es Philip H. Coombs: *The Fourth Dimension of Foreign Policy; Educational and Cultural Affairs*. New York: Published for The Council of Foreign Relations by Harper and Row Publishers, 1964.

31. Como señalan Miller y Yúdice en el libro antes citado, ya “en la época de la presidencia de John F. Kennedy (1961-1963) (...) la política cultural internacional norteamericana se hallaba estrechamente mezclada con las estrategias diplomáticas, militares y económicas” (*op. cit.*, p. 68-69).

¹ Salvo que este artículo y sus ideas sean utilizados por un profesor estadounidense que tenga la deferencia de citarlo, lo que parece ser el modo de legitimar una propuesta en el espacio académico e intelectual hegemónico.

² Antonio Gómez Palaz: "Apuntes sobre mestizaje e hibridación: los riesgos de la mezcla". Este artículo ha sido reproducido en varios lugares; cito por Aljara. *Revista Andina de Letras* (Quito, Ecuador), 6 (1 semestre 1997): p. 72 y 71. Aclaremos que no debe entenderse esto como un rechazo a la lengua, al mestizaje y al bilingüismo, como pasa en el artículo de Raúl Bustos Chaves: "Sobre mestizaje y otros temas del lenguaje bilingüe", en Jaime Higuera, ed., *Herencia y modernidad. Literatura en el Perú*. Lima: Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar, 2003: 29-62.

³ Cabe hacer notar que en la Universidad Andina Simón Bolívar (Quito), patrocinada por el Parlamento Andino, el programa de Doctorado que se inició es sobre "Estudios Culturales", dirigido por una profesora norteamericana (los "Estudios Culturales" son uno de los más escasos líneas de exportación de ideología académica para los estudios latinoamericanos en el último tiempo). También en Chile, en su primera formulación, el Programa de Doctorado en Estudios Americanos de la Universidad de Santiago de Chile (estatal) quiso marcar explícitamente su orientación hacia los "estudios culturales" y los "estudios interdisciplinarios" (esta ha sido cortado posteriormente). No cabe en la brevedad de este trabajo detenerse en el carácter ideológico (no científico) y caracter de sesgo epistemológico de esta propuesta, por lo menos en su versión norteamericana (diferente de la formulación original de R. Williams, W. Hogart, S. Hall) como en la Argentina. Pueden verse sobre el asunto las observaciones críticas de M. Bunge *Las ciencias sociales en discusión*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999; Eduardo Grillet *El fin de las pequeñas historias*. Buenos Aires: Paidós, 2002; Carlos Reyoso *Apogeo y decadencia de los estudios culturales*. Barcelona: Gedisa, 2000, entre otros.

⁴ En este punto habría que señalar un problema que en principio no es de responsabilidad tanto de los investigadores y académicos como de las políticas culturales institucionales, y es el que dice relación con las carencias de bibliotecas y archivos y el desinterés en la redacción de textos paratextuales (en lo posible ediciones críticas) o ediciones facilitadas de revistas y materiales de difícil acceso. Pocos países latinoamericanos han hecho algo al respecto, entre ellos que se crearan Venezuela y su importante colección de Biblioteca Ayacucho, complementada con los tres volúmenes del *Diccionario de las Ciencias de América Latina* (DICAL); también en Cuba había que destacar las ediciones latinoamericanas de Casa de las Américas en México y Brazil y Port, con la colaboración de empresas como el Fondo de Cultura Económica, Merca Libre y Banco de Crédito del Perú, respectivamente, se han impreso importantes ediciones facilitadas de revistas y publicaciones culturales de alto valor histórico y patrimonial.

⁵ Mari Brondetti: "Temas y Problemas", en César Fernández Moreno (coord.), *América Latina en su literatura*. México: Siglo Veintiuno Editores, UNISICO, 1972, c.f. p. 356.

⁶ En los cuatro volúmenes, de más de 600 páginas cada uno, se reúnen unos 180 trabajos de otros tantos autores de los últimos años, organizados temáticamente. Los subtítulos y fecha de publicación de los volúmenes son los siguientes: *Inventarios, Inveniencias y revisiones* (1996), *La formación de las culturas nacionales* (1996), *Temas y temas de poesía* (1997) y *Actualidades fundacionales* (1997).

⁷ José Guas: "El pensamiento hispanoamericano", *Armando* (México), Nº 12 (1944).

⁸ Simón Bolívar: *Carra de Jamaica* (1815). Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1972, p. 36 y 35.

⁹ José Martí: *Nuestra América*. Edición crítica (Investigación, presentación y notas César Vique). La Habana: Centro de Estudios Marianos / Casa de las Américas, 1991, p. 21.

¹⁰ El concepto de "praxis", un vaporosamente manejado por el sociólogo más vulgar, amerita una reflexión actual que vinculara a la necesaria -y urgente- discusión sobre la epistemología de las ciencias sociales en nuestro medio. En esta oportunidad nos remitimos a la propuesta de Clobadino Almeida, que la define como: "la práctica consciente, vale decir, la actividad humana operando sobre la realidad conforme a fines, incluyendo, por tanto, su momento teórico o cognoscitivo. La praxis es, pues, la unidad dialéctica entre práctica y teoría, en la que ésta es concebida como momento de la praxis" (C. Almeida: *Sociología e ideología en la teoría revolucionaria*. México: Fondo de Cultura Económica, Archivo del Fondo (1976), p. 17. Se trata de la segunda edición de un libro publicado originalmente a fines de los años 60 en Chile).

¹¹ Para evitar equívocos y malos entendidos, señalo que distingo entre lo que a se suele llamar la Posmodernidad (para referirse a una realidad histórico-social) y el Posmodernismo, ideología que, en palabras de Fredric Jameson, vendría a ser "la lógica cultural del capitalismo tardío".

¹² René Wellek: *A History of Modern Criticism*, 175-195. T. VI. *American Criticism, 1900-1950*. New Haven / London: Yale Univ. Press, 1986 [en 1988 salió una traducción española, en Madrid, Editorial Gredos].

¹³ Tiempo a relación aquí lo que hace algunos años dijera un estudioso francés, Paul Veyne que, refiriéndose al problema de la relación entre Europa y América, y el modo como los latinoamericanos hacen crítica y más aún más directamente nuestra propia crítica, para un mundo europeo a la palabra Europa la expresión "los Estados Unidos" tendemos en esta reflexión un muy actual diagnóstico: "La literatura hispanoamericana es sin duda un lugar privilegiado para apreciar la naturaleza de los intercambios entre Europa y América, ya que en la medida de encerrar la historia de dicha literatura se veía a misma influencia que en las relaciones entre ambos continentes. No sólo en la lengua y cultura europea las que se imprimen en aquel inmenso territorio, sino que también viene de Europa la terminología utilizada para tratar su historia literaria." (*¿Qué decir, pues, de una identidad que sea su propia definición de sí misma en gran parte ajena a su ser?* ("Válida o no, la influencia de los conceptos europeos para el estudio de la literatura hispanoamericana", en Saul Yarkov el coord.), *Identidad cultural de Iberoamérica en su Avance*. Madrid, Arahuma, 1986, c.f. p. 256).

¹⁴ "Memoria correspondiente al curso de la instrucción pública en el quinquenio 1844-1848" en *Obras Completas* (Caracas: La Casa de Belío, 1982, tomo XXI, p. 50).

¹⁵ Poco conocida de la reflexión sobre el arte, la poesía y la cultura en el mundo hispanoamericano. Apenas ha sido tomada en cuenta en esta línea de estudio el llamado "Diálogo de Flor y Canto", que recoge las opiniones vertidas en 1490 en Huescarico, por poetas que hacen una profunda reflexión sobre el carácter, función y sentido de la poesía.

¹⁶ Rafael Gutiérrez Girardot: "Pedro Henríquez Ureña y la historiografía literaria latinoamericana", en VV. AA. *Literatura y crítica en América Latina*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1974, p. 41.

¹⁷ Un importante desarrollo de los antecedentes del pensamiento crítico-literario en América puede encontrarse en un trabajo sobre la "Formación del pensamiento crítico literario en Colombia" (en José Anadid, ed., *Repertorio de la investigación hispanoamericana* (Ibero Cultural), México: Fondo de Cultura Económica, 1993). La versión original, en inglés, fue presentada en el libro de "The Rise of Literary Criticism in the Colonial Period" en el Congreso "The Old World Meets the New (1492-1992)", en la University of Notre Dame, Notre Dame (Indiana, USA), 2-4 de abril de 1992. Los latinoamericanos se encuentran, felizmente, en distintas partes de todo el mundo, y su labor es respetable y respetada. Pero en esta ocasión, por razones que debería depender del texto, estas reflexiones y propuestas se dirigen a una parte de los latinoamericanos que son o se consideran latinoamericanos. Y no quiero que se entienda esta circunstancial distinción como acto discriminatorio ni mucho menos.

¹⁸ En César Fernández Moreno (coord.), *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI Editores, 4ª ed., 1977, p. 5.

¹⁹ Simón Bolívar: *Carra de Jamaica* (1815). Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1972, p. 36 y 35.

²⁰ C.f. en Miguel Luis Amunátegui: *Vida de Don Isidro Belío*. Santiago: Impreso por Pedro E. Ramírez, 1982, p. 642.

²¹ José Martí: *Nuestra América*. Edición crítica (Investigación, presentación y notas César Vique). La Habana: Centro de Estudios Marianos / Casa de las Américas, 1991, p. 18.

²² Para motivar, promover y facilitar la integración de las grandes formas empresariales privadas en las políticas culturales, en 1917 y 1918 "Estados Unidos introdujo la creación de impuestos a las donaciones para instituciones sin fines de lucro" (Miller-Vidice, 58).

²³ Me parece que sería interesante hacer un estudio comparado de los proyectos y prácticas de política cultural que empiezan a desarrollarse en la inmediata postguerra y a partir de la revolución rusa. Sobre todo sería de interés establecer paralelismos y contrastes entre los responsables de su formulación y ejecución en los distintos países que después se veían involucrados en la Segunda Guerra Mundial: Nelson A. Rockefeller en los Estados Unidos, Joseph Goebbels en la Alemania nazi, Amosud Lunacharski primero y luego Andrei Zhdanov en la Unión Soviética, y Jasta Giovanni Gentile, Ministro de Educación en el primer gobierno de Mussolini en Italia.

²⁴ La primera presentación internacional del llamado Expresionismo Abstracto en la plástica, fue la exposición en Londres, en 1946, bajo el título de "Painters Americanos desde el Siglo XVII a la Actualidad". Al parecer, el genio de la idea de hacer del "expresionismo abstracto" un símbolo del arte libre y nuevo fue Nelson A. Rockefeller, presidente del MoMA (Museum of Modern Art) de 1939 a 1962 y de 1946 a 1953 (vale recordar que su madre, Abby Alrich Rockefeller, fue una de las fundadoras del MoMA, en 1929). Habría que señalar de paso que la promoción oficial e internacional del "expresionismo abstracto" como el arte representativo de los Estados Unidos y del Mundo Libre, provocó también reacciones de rechazo por parte de los sectores más conservadores de la sociedad norteamericana.

²⁵ Un detallado y prolijo estudio del papel de esta Agencia y de sus conexiones con las políticas culturales del Estado, las "Fundaciones y corporaciones sin fines de lucro (Non profit Organizations) se encuentra en el libro de la investigadora británica Frances Smead Saunders *La CIA y la Guerra Fría Cultural* (Madrid: Editorial Debate, 2001). La edición original, *Who Paid the Piper? The CIA and the Cultural Cold War*, fue publicada en Londres por Gramercy Books, en 1999. Hay también una traducción cubana. Allí se analiza y detalla con detalle y documentación de archivo, la función cumplida por uno de los más admirables aparatos esbozados de manipulación, control y corrupción del mundo artístico, cultural e intelectual de posguerra, el llamado Congreso por la Libertad de la Cultura (Congreso por Cultural Freedom), creado en 1950 (Berlín, 26-29 de junio de 1950) y que funcionó internacionalmente oficinas en 35 países en hasta 1967, año en que las demandas del New York Times y una investigación del Congreso de los Estados Unidos puso en evidencia su entramado político-gubernamental.

²⁶ Rüdiger H. Aison: "La Universidad Latinoamericana", en R. Boggs, VIL, 37-39 (mayo-junio 1963), p. 4-109; c.f. p. 115. Impreso también como libro, con las mismas características. Quisiera señalar de paso que el trabajo de Aison contiene muchas serenas observaciones críticas y en gran parte su análisis es de las fallas de las universidades latinoamericanas es perfectamente válida.

²⁷ Este libro, poco difundido y menos estudiado para comprender el proceso de proyección de la política cultural norteamericana en América Latina, es de gran interés para el investigador de los procesos culturales y educacionales en nuestro continente; lamentablemente no ha sido traducido. Su referencia completa es Philip H. Coombs: *The Foreign Dimension of Foreign Policy: Educational and Cultural Affairs*. New York: Published for: The Council of Foreign Relations by Harper and Row Publishers, 1964.

²⁸ Como señalan Miller y Vidice en el libro antes citado, ya "en la época de la presidencia de John F. Kennedy (1961-1963) (...) la política cultural internacional norteamericana se hallaba estrechamente mezclada con las estrategias diplomáticas, militares y económicas" (op. cit., p. 68-69).